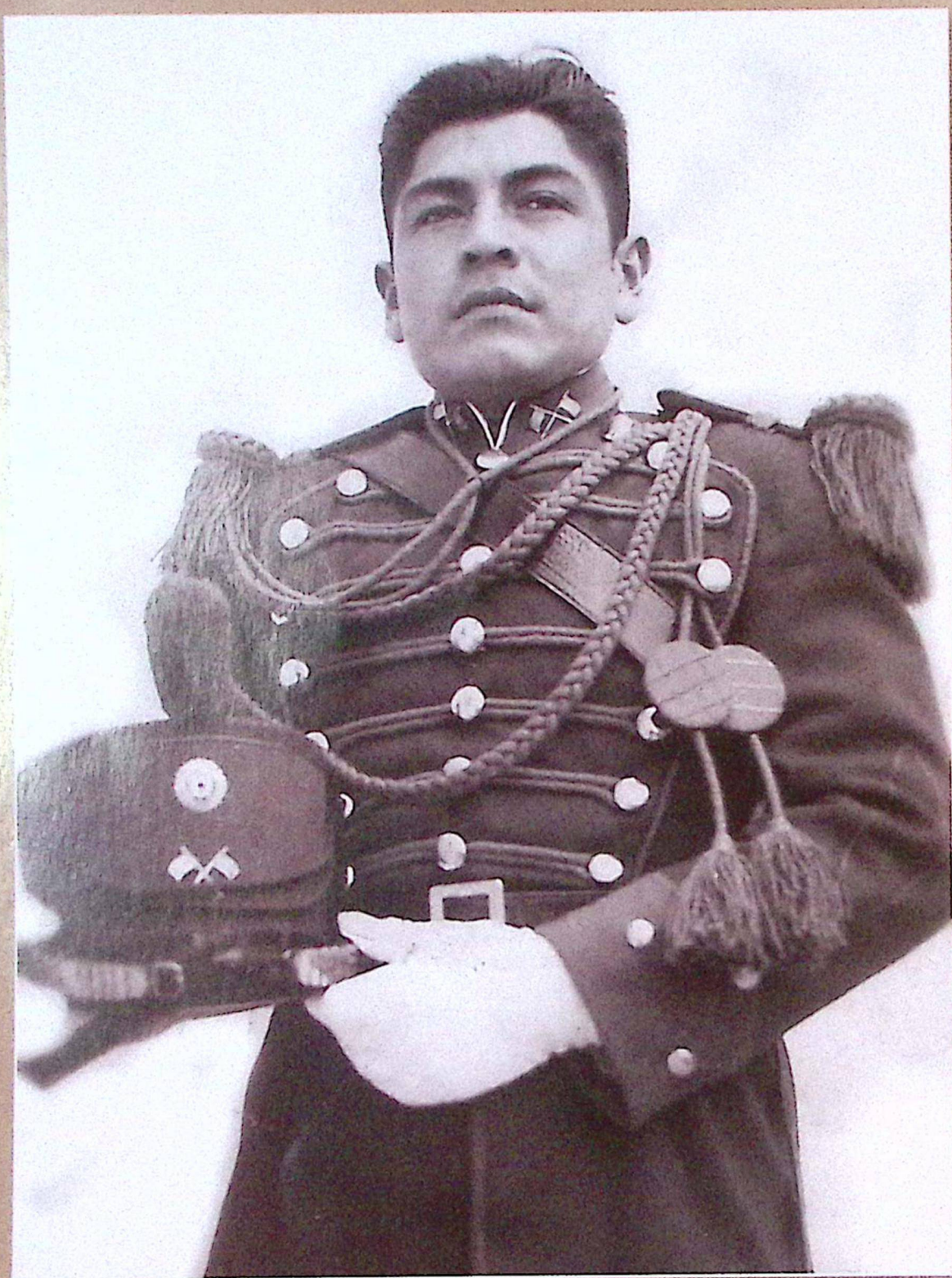




ENTRE FUSILES Y GUANTES. RECUERDOS DE UN SOLDADO EN EL CUARTEL SAN MARTÍN

*Por Jaime M. Taype Castillo
Ejército del Perú*

INTRODUCCIÓN

Tenemos la idea que la historia sólo está conformada por memorables sucesos, grandes héroes o renombrados personajes políticos. Sin embargo, una manera de reconstruir la misma es recurrir también al testimonio de personajes, muchas veces anónimos, pero conocedores de hechos o periodos que pueden ser útiles para llenar los vacíos dejados por la historia oficial.

En esta oportunidad, recurrimos al testimonio de un ex soldado del ejército peruano, Hortensio Lévano R. quien ha través de sus vivencias y apreciaciones, nos permitirá conocer la vida al interior a los cuarteles durante la segunda mitad de la década del '50 del S. XX.¹ Los hechos que se narran a continuación, se desarrollaron en la ciudad de Lima, específicamente en el hoy desaparecido cuartel San Martín ubicado en el distrito de Miraflores. También podremos notar algunos detalles de la vida diaria en el campo de lo que es hoy la Región Ica,² varios años antes de la reforma agraria emprendida por el Gral. Juan Velasco Alvarado, así como el desarrollo político y social de aquel entonces. A continuación, los recuerdos de aquel soldado.

UNA INFANCIA NO MUY DIVERTIDA

El dinero casi siempre no alcanzaba y mi madre tenía que levantarse muy temprano, cuando aún el día no aclaraba, para dirigirse a trabajar a la hacienda Hoja redonda en Chíncha, lugar vecino a la playa y en donde el calor era más intenso durante los meses de verano. Elsa, mi hermana mayor que yo por un año, la acompañaba para ayudar en el apañado del algodón. Ella, muchas veces descalza, tenía que recorrer los húmedos surcos del campo, detrás de mi madre recibiendo los capullos extraído de las plantas y que eran echados al saco que ella jalaba durante el recorrido del día. Tenía un hermano llamado Humberto, que para entonces tenía la edad de 10 años, pero a quien no veíamos por encontrarse en Topará trabajando en el campo. A este lugar fui en no muy pocas ocasiones, en cuya pampa de Ñoco -que debía cruzarse previamente para llegar al lugar a pie- fui testigo hechos sobrenaturales, de los cuales a muy pocos he narrado.

¹ Hortensio Lévano R. nació el 30 de mayo de 1933 en Sunampe, distrito de la provincia de Chíncha, región Ica. Es hijo de Juan Lévano Pimentel y de Marcelina Rojas Magallanes. Al quedar viuda esta, tuvo que acompañarla en las faenas diarias del campo. Es el tercero de cuatro hermanos. Vivió parte de su infancia en la hacienda cañetana de "Cuiva", de donde escapó por el mal trato que recibió de su tío. Trabajó en diferentes haciendas del sur chico hasta que a la edad de 24 años aproximadamente se presentó como voluntario al ejército para realizar su servicio militar. Posteriormente, laboró en diversas fábricas del Callao, para luego convertirse en pescador artesanal por casi treinta años y ser testigo del boom de la anchoveta en los '70s y otros sucesos. Actualmente tiene 81 años y vive al lado de su familia. Entrevista al Sr. Hortensio Lévano R. Callao, 31-8-2008.

² Conformado por la provincia de Cañete, así como Chíncha, Pisco, Palpa y Nazca, estas últimas pertenecientes a la región Ica.

Yo con seis años de vida, ayudaba también en lo que podía durante el día de trabajo. Marcela -mi madre- Elsa y yo llegábamos muy temprano a la plaza de armas de Chíncha, apostándonos a un lado de la iglesia Santo Domingo a la espera del camión que nos lleve a nuestro destino de trabajo. ¡Laran!, ¡Caucato!, ¡Manrique!, ¡San José!, ¡La floresta! comenzaba a escucharse desde las cabinas de los camiones, de donde los choferes llamaban a todos aquellos que buscaban ir a trabajar a las haciendas del cual provenían. ¡Hoja redonda! ¡Hoja redonda! se escuchó desde uno de los vehículos, a lo que los tres cogimos nuestras cosas, nos acercamos y subimos sobre la tolva con la ayuda de otros hombres y mujeres quienes también iban a dicho destino.

Poco menos de una hora duraba el recorrido a la hacienda, cuyo camino de tierra hacia que los niños disfrutemos de los saltos de la maquina, mientras los adultos se sujetaban fuertemente de los palos que hacían de baranda para no caerse. Al llegar al lugar, el caporal a veces acompañado de el "Gringo", ³ indicaba a la gente dónde debían trabajar. Al saber cual sería la faena del día, todos comenzaban el trabajo, siendo visible la mayor parte del día solo las espaldas y sombreros usados por los campesinos, en medio del verdor del campo. Mi padre Juan, militar y partidario sanchecerrista, había muerto en un enfrentamiento con militantes apristas meses después del asesinato de su jefe, el presidente Luís Miguel Sánchez Cerro, ⁴ quien era conocido con el curioso apelativo del "Macho mocho". Macho, por deponer al dictador Augusto Bernardino Leguía; y mocho, por haber perdido uno de los dedos de la mano. ⁵

A mi progenitor solo pude conocerlo a través de una enorme fotografía a blanco y negro que mi madre siempre llevaba y colgaba en la sala de las casas a donde llegábamos a vivir. Él aparecía de pie vestido con su uniforme militar, muy similar a los que hoy usan los cadetes de la Escuela Militar de Chorrillos. Por más que me quedaba largo observando su imagen cuando yo era ya un adulto, no lograba recordarlo, quizás porque él murió cuando apenas yo tenía aproximadamente un año de nacido. De él heredaría la vocación de ser militar, vistiendo el uniforme cuando tuve edad para prestar mi servicio militar.

Al medio día, todos los agricultores hacían un alto en sus faenas y se acomodaban en las orillas de las acequias o bajo la sombra de un árbol cercano para almorzar. Mi madre, mi hermana y yo hacíamos lo mismo, destapando una vieja y negruzca olla que contenía la sopa de frijoles cocinado en la madrugada antes de salir a trabajar. A veces las hormigas entraban al recipiente, tomándonos varios minutos en sacarlas con la cuchara o con trozos de carrizos que utilizábamos como cubierto. Ya fría y nosotros con hambre, procedíamos a almorzar, acostumbrados a dejar de lado el asco y las preocupaciones de que el alimento llevado nos pudiese causar algún malestar o enfermedad estomacal. Curiosamente, por suerte o por obra de Dios, casi nunca nos enfermábamos.

Así transcurrieron los días, semanas, meses y años trabajando en las diferentes haciendas de Cañete, Chíncha y en algunas ocasiones Pisco e Ica, mientras mi hermana y yo crecíamos, y mi madre se iba envejeciendo. A diferencia de mis nietos y de tantos niños de hoy que

³ El término Gringo era empleado por los agricultores para referirse al dueño de la hacienda o un familiar de este.

⁴ Fue asesinado por un militante aprista luego de pasar revista a 20 mil movilizables en el hipódromo de Santa Beatriz el 30 de abril de 1933. En: Revista Militar del Perú. Lima, Año XXX, No 4 y 5, pp. II, II, III.

⁵ Perdió el dedo índice derecho mientras participaba en los sucesos del 4 de febrero de 1914 cuando Oscar R. Benavides dirigió el golpe de estado contra el presidente Billinghurst. En Caratas, 29Abril al 13 de mayo 1957, p. 15.



Vista aérea de la ciudad de Chíncha en 1945

disfrutaban de su infancia, de algún juguete e incluso de derechos que los amparan, en aquellos años era raro que algún niño no vaya a ayudar en las faenas del campo a sus padres. La costumbre y la necesidad por llevar algo que comer a casa, hacía que compartiéramos los trajines del campo.

La educación no estuvo ausente entre nosotros los niños, pero las maneras de impartir las lecciones por parte de los profesores, muchas veces hacían que nos alejáramos del colegio. Por ejemplo, había solo una profesora de contextura gruesa que enseñaba en la escuela de Sunampe, impartiendo las clases a todos los hijos de los campesinos. Era pan de cada día recibir al menos una reprimenda de padre y señor mío, un prolongado jalón de orejas o un chicotazo con ida y retorno en las piernas, la que nos producía un ardor intenso y unas marcas que demoraban varios días en desaparecer, las que no dábamos cuenta a nuestros padres, porque estos casi siempre terminaban completando la catana. Ante esta situación, en no muy pocas ocasiones decidíamos hacernos la "vaca" junto con mi hermana y otros niños, internándonos en las inmensas chacras, correteando al borde de las acequias o nadando en ellas, tirando piedras a la playa, contando alguna aventura sobrenatural, entre otros, hasta que llegaba la hora en que salían los alumnos de la escuela para nosotros retornar a casa.

Por evitar los maltratos físicos de la profesora -que de dicha profesión no tenía nada- y cuyas clases más se asemejaban a un coro de llantos infantiles, terminé pasando a los maltratos de uno de mis tíos cuando le fui encargado mientras mi madre se iba a trabajar. Así fui creciendo, "curtiéndome" hasta llegar a ser adolescente, haciéndome cada vez más independiente hasta cumplir la mayoría de edad. Mi madre en Cañete se había enamorado de un caporal de la hacienda donde trabajaba, de cuya relación nació una bebe, que al enterarse de su existencia, el padre de ésta decidió abandonarla. Mala suerte y costumbre de la época, lo cierto es que mi madre no se volvió a comprometer y no dejó de trabajar hasta sus últimos días de vida.

TRABAJO SIN PROGRESO

Cumplí la mayoría de edad a los 21 años y ya era independiente. Trabajaba como muchos otros jóvenes en el campo, pasando penurias en algunos, momentos agradables en otros. Por el trabajo terminé llegando a Arequipa por unos días, para luego retornar a Ica. Por cosas del destino, pasé unos meses en la cárcel de esta ciudad, del que salí en libertad al

comprobarse que la denuncia en mi contra era una calumnia.⁶ Curiosamente, la cárcel -de encierro- no tuvo nada. Por el contrario, todos los días salía a comprar al mercado central de la ciudad para cocinar el almuerzo de los presos o traer algún encargo solicitado por los policías que resguardaban la penitenciaría e inclusive, logre trabajar paralelamente en la remodelación de la plaza donde hasta hoy se erige el monumento al libertador don José de San Martín.

Ya en libertad, rápidamente conseguí trabajo en una hacienda cercana y me establecí en un caserío. Una noche mientras trataba de concebir el sueño acostado sobre una ruma de sacos, comencé a reflexionar cuán importante era tener una familia constituida, sobre todo cuando nadie fue a visitarme mientras estuve en la cárcel, no por decidía de mi madre o hermanos, sino porque no supieron de mi situación hasta que les conté al quedar en libertad, pues ellos habían partido a Lima en búsqueda de un mejor futuro, pero retornando nuevamente a Sunampe tiempo después.

Pensaba por qué a pesar de trabajar duro en las haciendas de cuyos beneficios disfrutaban otros, yo por el contrario casi siempre andaba a pie calato, con un par de camisas mangas cortas y pantalones que cambiaba cuando el otro se ensuciaba y debía lavarlo, las que se habían envejecido por la rutina del campo. Llevaba siempre puesto -como muchos otros- un sombrero de paja que compre en Grocio Prado a una mujer de menudo cuerpo a quien los vecinos llamaban cariñosamente "Melchorita",⁷ quien siempre andaba tejiendo la paja, orando en la capilla del pueblo y apoyando a las personas de menores recursos económicos.

Estaba cansado de la rutina, que a pesar de trabajar duro y parejo, el esfuerzo no se veía reflejado en algún progreso de mi persona o mi familia. No sabía leer ni escribir, mi casa seguía siendo de adobe con el techo hecho de caña gruesa llamada Guayaquil. El agua con que cocinábamos, bebíamos y aseábamos lo extraíamos de las acequias cercanas, líquido que mi madre aclaraba echando unas bolitas de color negra a las que llamaba "boliches" que arrancaba de una planta algo extraña, para ponerlas dentro del agua y al agitarlas, los volvía cristalino. En las haciendas donde trabajé, casi siempre dormía con el resto de mis compañeros en el suelo sobre unos sacos viejos, piel de carnero o esteras, mientras observábamos en los palos del techo el corretear de las lagartijas que algunas veces resbalaban y caían sobre nosotros, interrumpiendo el sueño.

Mis abuelos trabajaron en el campo, mi madre y ahora yo y mis hermanos seguíamos el mismo destino. Las haciendas se constituyeron desde que llegaron los españoles a esta parte del mundo. Ellos ya se habían ido con la independencia pero otros peruanos asumieron el vacío dejado por los peninsulares para explotar a sus connacionales de baja condición social. Los domingos servían para ir a misa en la capilla de la hacienda o en la iglesia mayor de la ciudad. La única fiesta que recuerdo en el campo era las que se realizaban en las conmemoración del santo patrono de la finca.

⁶ Al principio, la estadía en la cárcel no fue fácil, debido a que debió compartir celda con un tipo de apellido Otaissa, quien purgaba condena por haber asesinado a machetazos a su esposa. La pelea con este preso no se haría esperar, según refiere el entrevistado.

⁷ Melchora Saravia Tasayco, más conocida entre los chinchanos como Melchorita, nació el 6 de enero de 1895. Sus padres fueron Francisco de Sales Saravia y María Agripina Tasayco. Tuvieron varias hijas entre ellas Melchora, quien murió el 04 de diciembre de 1951. Los milagros que obraba y que pronto fueron divulgados por la población del lugar, hicieron que en abril de 1978 pasara al nivel de beatificación, iniciándose el camino para la santificación hasta la actualidad, el mismo que es llevado a cabo por la orden dominicana. En: Cuadros, Jorge. Flor de santidad en el Perú profundo: Sierva de Dios Melchora Saravia Tasayco. Ediciones El Milagro. Lima, 2008, pp.7 y 51.

Todo esto y muchos recuerdos volvieron a mi mente cuando me aprestaba a dormir sobre mi camarote, en uno de los ambientes ocupados por los Húsares de Junín en Palacio de Gobierno, regimiento al que había sido designado, formando parte de la escolta del presidente de la república Manuel Prado Ugarteche en su segundo gobierno.⁸ Realizar mi servicio militar fue una gran oportunidad en mi vida, por los conocimientos y oportunidades que me brindó el Ejército del Perú.⁹

UNA NUEVA VIDA. EL SERVICIO MILITAR

Un día, a eso de las 4 de la tarde, cuando terminábamos de trabajar, agarre mi lampa y de un solo golpe la enterré en el suelo, diciendo al resto de mis amigos: ¡Me voy al Ejército a servir a mi patria! Los demás jóvenes que estaban cerca de mí, me miraron algo extrañados y sorprendiéndome, me respondieron: ¡Yo también me voy contigo cholomalo! Así, nueve chiquillos regresamos a nuestros cuartos, dejamos las lampas y picos, cogimos algunas frutas y unos sacos con que abrigarnos y sin decir nada a nadie, partimos con dirección a Pisco a presentarnos al cuartel. Parte de la noche caminamos entre los campos de cultivo, cruzamos el río Ica cuyo caudal felizmente estaba bajo. Dormimos unas horas en medio de una chacra, evitando hacer el menor ruido posible a fin de que los perros no nos sintieran y alertaran a sus amos. Apenas salió el sol, continuamos nuestra caminata. Ya cerca de la ciudad, caminando por un costado de la carretera, un camioncito nos hizo el favor de darnos un aventón. Su chofer, un hombre gordo y viejo, al bajarnos nos dijo: ¡Suerte en el ejército muchachos!

Así llegamos al cuartel en cuyo ingreso hacía guardia un teniente acompañado de otros soldados, quien al acercarse el grupo de muchachos, nos dijo: ¡Alto allí! ¿Qué quieren? Yo, por haber animado al resto, tome la palabra y le respondí: ¡Hemos venido a servir a la patria! - ¡Esperen un momento!- nos respondió el oficial. Éste ingreso y luego de unos segundos retorno, haciéndonos ingresar para hablar con el Capitán. El oficial al vernos, nos dijo:

*-¡Seguro han hecho una barrabasada en la calle y quieren esconderse acá!,
-No jefe- le dije- venimos de la hacienda tal, trabajábamos allí, pero
ahora queremos servir en el Ejército. El capitán, nos miro de pies a cabeza
y buscando confirmar nuestra respuesta, nos dijo:
-Pasen, al fondo hay un patio grande, se desvisten porque van a pasar
la revista médica y según como estén, se quedan o serán trasladados a
otro cuartel.*

Así lo hicimos. Un par de médicos nos empezaron a auscultar nuestro cuerpo. Ojos, pies, genitales, dientes y más fueron revisados, y cada detalle era apuntado en un cuadernillo. Al finalizar, nos hicieron correr unas vueltas en dicho pampón que servía de partiód del cuartel. Finalmente, ya vestidos, fuimos formados en dos columnas, y dos oficiales empezaron a llamarnos por nuestros apellidos.

*¡Lévano Rojas Hortensio!
¡Presentel-respondí-
¡Iras a Lima, al cuartel San Martín! -dijo el oficial-.*

⁸ Se desarrolló entre 1956 y culminó en 1962 al ser derrocado por el general Ricardo Pérez Godoy

⁹ Según refiere el entrevistado, éste prestó su servicios entre 1955 y 1957. Los datos que brindó durante la entrevista, fueron comprobados por el entrevistador.

Dos de mis amigos se quedaron en dicho cuartel y el resto fuimos llevados a Lima. Esa noche dormimos allí, para el día siguiente alistarnos y viajar, como fue mi caso. ¡Gordo, porque no me avisaste, yo te sacaba tus papeles para que no te vayas! me dijo un empleado de la hacienda donde había trabajado, fue a buscarme al cuartel al enterarse de mi ausencia, encontrándome dentro del microbús que nos llevaría a la capital.

Lo que decía el hombre era cierto. No poseía libreta electoral, no por pereza, sino porque no tenía tiempo para hacer mis tramites por estar trabajando en el campo. A pesar del ofrecimiento, no cambie mi opinión y me vine a Lima. El viaje duró cerca de siete horas, y al llegar a la capital sentía una sensación extraña. El cuartel San Martín tenía un diseño especial, cuyas paredes del perímetro tenían la silueta de un castillo.¹⁰ Su vista al mar le daba un ambiente fresco y nostálgico. Registrar mi nombre, presentarme ante los oficiales que me preguntaban mi nombre y demás datos, el corte de cabello al "coco" fueron las primeras actuaciones dentro de la vida militar. Después de mis tres meses de reclutada, nunca imaginé que mi esfuerzo y la estimación ganada entre mis oficiales, pudieran cambiar mi forma de ver la vida y fortalecer mi personalidad.

Mi madre, al enterarse del lugar donde me encontraba, fue a buscarme un domingo, y derramando más de una lagrima me abrazó y me pidió que me cuidara. No puedo negar que por un momento me quise quebrar, mas aun cuando ella la mayor parte de mi infancia, se preocupó más en trabajar para llevarnos algo que comer, y quizás nunca me había abrazado como lo hacía en esa ocasión. Tuve que ponerme fuerte y decirle que no estábamos en guerra para que se pusiera así. Seque sus lágrimas mientras le encargaba saludos a mis hermanos y al resto de la familia.

Las posteriores visitas de fin de semana se harían costumbre y la tristeza paso a ser tardes de largas conversaciones, hasta que me toco las salidas de paseo. Mis hermanos se sentían orgullosos cada fin de semana al verme llegar vestido con mi uniforme color kaki o beige con mis botas de jinete color negro brillante, y siempre me preguntaban cómo era la vida al interior del cuartel. Portaba este uniforme por pertenecer al Regimiento de Caballería.

Durante las primeras semanas en el cuartel aprendí el orden cerrado, el manejo de armas como el máuser y el desplazamiento durante las marchas de campaña, movilizándolos donde hoy es San Juan de Miraflores y Piedras Gordas. También aprendí el manejo de los morteros diciendo: ¡Calibrando! ¡Tantos grados...! ¡Pum! Y el explosivo luego de recorrer una parábola terminaba reventando a al otro lado del cerro. La limpieza de la cuadra, así como de nuestro uniforme, botas, armamentos y demás prendas y pertrechos militares se convirtieron en una costumbre sagrada. En el transcurso de ese periodo, Tenientes y Capitanes además de ser instructores militares, se desempeñaron también como profesores y en determinadas horas del día nos impartían clases de historia, matemática y lenguaje, entre otros cursos. Es allí donde aprendí a sumar, a restar e inclusive mejoré mi firma.

¹⁰ En febrero de 1918, un terreno ubicado en la avenida del Ejército fue destinado para construir un cuartel para tropas de caballería. En octubre de ese mismo año se aprobaron los planos del mismo a cargo del Tte. Crl. Manuel E. Rodríguez, director del servicio de ingeniería. Al principio se le denominó como "Junín", pero en julio de 1921 se le cambió el nombre por "San Martín" en honor al general José de San Martín. Este cuartel fue el primero en ser construido en las afueras de la ciudad de Lima. En: Albulú, Guillermo. El Ejército y la Ingeniería Militar en el siglo XX. Lima: Imprenta del Ejército, 1988, p. 140.

Cuando era la Jura de la Bandera a, por ejemplo, a las 3 de la mañana estábamos ya todos de pie. Sonaba la trompeta general TUTUTU...TUTUTU...TUTUTU...y todos decíamos: ¡Hay ta' la general!

Nos apurábamos poniéndonos el casco, buscando las balas, el fusil, los zapatos, etc. Con este tipo de presión, allí te van probando. Si bien no vas a salir a pelear a una guerra, pero tratan de mantenerte siempre en actividad, hacer presión psicológicamente. Quien se quedaba último, tenía que pasar como castigo el callejón oscuro a la carrera. Dos largas filas de soldados formando un caminito te esperaban, y cuando se pasaba te iban golpeando el trasero con la correa o con el casco. A veces yo era el último en formar porque no



Cabo Lévano en el Cuartel San Martín

podía abrochar mi polaina.¹¹ Cuando iba a pasar el castigo, ponía mis codos a los costados y al escuchar la orden ¡Ya cabo Lévano! ¡A pasar! Yo cruzaba dando codazos a los costados, muchas veces terminaba aventándolos por otro lado. ¡Acaso me van a pegar todos! Claro que recibía los golpes, pero yo de paso también iba "jorobando" al resto.

EL BOXEO: LLAVE PARA LA SALIDA DE PASEO

No faltó un sargento que quiso dársela de abusivo al comienzo por ser yo apenas un soldado raso, pero me las ingeniaba para que no se salga con la suya. Una vez quiso excederse en el castigo y nos fuimos a los golpes en una de las caballerizas. Con el dorso desnudo, nos sacamos la mugre mientras el resto de soldados aprovechaban la situación para hacer barra y también las apuestas, cuando de pronto apareció un teniente con su picador y con un golpe a cada uno, nos separó y al resto puso en atención. —¿Así que quieren pelear? ¡Muy bien, vamos al cuadrilátero!-dijo con voz grave el joven oficial.

Los dos que ya estábamos algo cansados nos fuimos al cuadrilátero que había en el cuartel, mientras que el resto nos seguía detrás murmurando el qué pasaría, cruzando los patios del cuartel. Al llegar al lugar, me sorprendió ver a los oficiales que terminaban de acomodarse en las bancas de madera, formando una suerte de tribunas alrededor de nosotros, a los que se sumó la tropa de las diferentes secciones. ¡TIN TIN! Sonó de algún lugar una campana y el teniente fungiendo de réferi, nos dijo: ¡Nada de golpes bajos carajo! Pero eso sí, el que gana tiene un día más de paseo, ¡Ha ordenado el comandante!

¹¹ Polaina: Género de botín de paño que cubre la pierna hasta la rodilla y se abotonan o abrochan por fuera. En: Medina Montoya, Lourdes y Roberto Mendoza Policarpio. Ejército del Perú: Evolución Histórica de los uniformes. Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, Lima, 2005, p. 378.

No sé de donde saque fuerzas, al igual que mi contrincante. Tener tres días de paseo como premio hizo que el boxeo se vuelva emocionante. Solo recuerdo que los oficiales por momentos se ponían de pie y con gritos alentaban a su "boxeador" preferido. ¡Dale! ¡Más fuerte! ¡Un gancho! ¡Agacha la cabeza! ¡Esquivalo! escuchaba a lo lejos, mientras que la tropa hacía la barra a manera de maquinita. Uno, dos, tres round, y un round más a pedido del comandante con el cual se definiría quien era el ganador.

En este último encuentro, concentre todas mis fuerzas, pues el otro era un tipo duro. Mientras lanzaba los ganchos y esquivaba los puños del contrario, recordaba las peleas que tuve con el negro Mauro Minas en un camal en Chíncha, donde trabajamos cuando teníamos 15 años.¹² Mauro, mi amigo, era un joven moreno de condición humilde que trabajaba para apoyar a una anciana mujer que él cariñosamente llamaba mamita. Siempre vestido con la misma ropa, trabajador y juguetón, nos poníamos en las tardes después de la jornada, hacer unas peleas en uno de los anchos pasadizos del camal, mientras el resto de los trabajadores se sentaban a nuestro alrededor observándonos y haciéndonos barras. Un día recuerdo, que mientras caminaba entre las reses colgadas de los ganchos, encontré a Mauro recogiendo en una pequeña taza la sangre que brotaba de un toro del que todos comentaban había sido el más bravo, y al rato se la bebió. Al ver esto le dije ¡Que haces negro!, éste me miro y dijo: Has igual que yo y toma, es un secreto de mis abuelos. Esto algún día te ayudará, ya verás gordo.

Como no queriendo la cosa, más por saber a qué sabía la sangre en vez de descubrir el secreto de los antepasados de Minas, me lo bebí de golpe. No era nada agradable, pero más me asustó escupir toda la noche saliva con restos de sangre. Por suerte no me provoco ningún problema estomacal. Quien diría que años más tarde, aquel negrito pobre pero de duros puños, llegaría a disputar el campeonato mundial de boxeo en los Estados Unidos, mientras los peruanos y en especial todos los que tuvimos la suerte de conocerlo, escuchábamos sus encuentros alrededor de una radio.

Y así, de golpe, ¡TIN TIN! sonó la campana, y vi a mi contrincante que estaba en el suelo empapado de sudor. Yo aun de pie y sin mayores reflejos, solo sentí que el teniente agarro y alzó mi brazo derecho y gritó: ¡Este es el ganador!, para luego decirme al oído: -¡Provecho, vas a ver un día más a las chicas! Jajaja- mientras que a mí alrededor escuchaba los gritos de ¡Livianito! ¡Livianito!. Luego de unos segundos, se acercó el comandante y me preguntó:

-¿Cómo te llamas hijo?

-¡Permiso mi comandante!, ¡soy Hortensio Lévano!.

-¿Y de dónde eres?

-De Chíncha mi comandante.

-Muy bien muchacho, te has ganado tus tres días de paseo. ¿Tienes familia en Lima?

-No mi comandante, mi madre y hermanos están en mi tierra, en Sunampe.

¹² Mauro Minas Baylón, conocido como "El bombardero de Chíncha", nació en dicha ciudad el 22 de noviembre de 1933. A los 20 años de edad empezó a boxear profesionalmente, y lo hizo con una victoria ante el chileno Manuel Vargas. Participó una serie de peleas tanto a nivel nacional como internacional. El 23 de noviembre de 1963 debía pelear con Allen Thomas en el Madison Square Garden de Nueva York, pero tres días antes de la pelea, este fue cancelada cuando se detectó que una de las retinas el boxeador peruano había sido intervenido quirúrgicamente. Luego de unas peleas más, se retiró del boxeo profesional y se dedicó a entrenar jóvenes valores en su academia en el distrito de Surquillo. Murió el 22 de mayo de 1993. En: <http://elcomercio.pe/blog/huellasdigitales/2013/05/mauro-mina-recuerdos-un-duro-d>

El oficial metió su mano en uno de sus bolsillos y sacando algo me dijo:
-Toma este dinerito, no es mucho pero espero que te sirva para el viaje.
Ve y visita a tu madre, dale un abrazo fuerte y no la olvides, al igual que a tus hermanos. ¿Tienes papá?

-No mi comandante, el murió cuando yo era aún un niño.

-Con mayor razón, ve y visítala. Y de paso -si puedes- ¡Tráete lo más rico que tenga tu tierra!

-Una mama Juana de cachina, mi comandante

-Y ¿Cuánto cuesta para darte la plata?

-No se preocupe mi comandante, algunos familiares trabajan en los viñedos y ellos siempre tienen su guardadito.

-Está bien, pero que sea bueno.

-¡Comprendido mi comandante!- le respondí.

Mientras él se retiraba junto con el resto de oficiales, yo y mis amigos de sección nos íbamos a nuestra cuadra a darnos un duchazo y luego pasar el rancho, todos contentos. El comandante se llamaba Carlos Cobilich Portocarrero, un hombre colorado, alto, de contextura gruesa, buena gente con los que cumplíamos las ordenes, pero recto cuando las cosas no andaban bien ¹³. Como oficial de caballería, siempre iba a verificar las caballerizas, observaba que los equinos estuviesen limpios y bien peinados, como mis caballos "Fisiólogo" y "Antero" que fueron mi mejor presentación durante mi servicio, a quienes tenía que cepillar sus dientes, peinar su pelaje y estar pendiente de su salud. Siempre preguntaba al personal si había alguna novedad y no dejaba de participar de los encuentros de boxeo que ya habían comenzado a hacerse costumbre todos los viernes por las tardes. La mayor parte de mis peleas salí ganador, pero hubo ocasiones en que también resulté con algunos golpes encima.

Un sábado por la mañana, mientras culminábamos el manto del cuartel, se nos acercó el comandante acompañado de un hombre alto, de cabello canoso, y nos preguntó:

-Aquí hemos traído al señor Carbajal que es entrenador de box amateur y quiero saber ¿quién de Uds. quiere entrenar con él?

Yo como jugando, levante el brazo. Para ese momento ya tenía el grado de cabo. Mi comandante me miró y me dijo: ¡Muy bien cabo Lévano! ¡Pase adelante!.. y como quien no quiere la cosa, otro soldado de la cuadra "A" también levanto el brazo - yo era de la sección "D" - y así sucesivamente de cada cuadra iban saliendo sus jóvenes representantes. Al final fuimos varios los aspirantes a boxeadores.

El ingenio de soldados hizo que de cosas en desuso fueran empleadas como materiales para el entrenamiento. Lo principal, colocar varios sacos dentro de otro para después llenarlo con arena o con forraje de los caballos. Dos veces a la semana venía el entrenador con quien aprendíamos las técnicas del boxeo, los mismos que practicábamos antes de dormir o en algún momento libre.

Cuando subía al ring de pelea, el teniente que fungía de réferi me presentaba llamándome:

¹³ Perteneció a la promoción "Cuzco" N° 35 de la Escuela Militar, egresando el 2 de febrero de 1931. Llegó al grado de Coronel. En: Historia de la Escuela Militar del Perú. Lima, 1982. Talleres del Ministerio de Guerra. Tomo II, 1ra Ed., p. 232.

-¡A ver, el cabo Lévano! ¡Alias el "Livianito"! y yo sin mayor demora subía con mis guantes puestos. Luego el teniente presentador decía:

-¡Va a pelear con el alias "El Gallina"! Este tipo era un chato que venía del puerto de Pisco, pues a nuestro cuartel llegaban muchachos que sabían montar caballos y burros, porque los oficiales saben como son la gente de provincias. Luego el presentador nos decía:

-¡El primer campanazo es para que se pongan frente a frente, y con el segundo comienza la pelea! El tal Carvajal mientras tanto daba vueltas con la cara siempre de costado apegado a su hombro derecho, que era algo raro que resaltaba en su postura. En fin, solo sé que él también había sido boxeador.

Empezaba la pelea y de arranque ¡Bum! ¡Bum! los golpes en primera nomás, aunque a veces se adelantaba el contrincante. Pero yo me fijaba en sus movimientos y así comenzábamos a pelear, ¡pim! ¡pum! ¡pam!, el tipo se me corría, a veces yo también me corría pero sin darle la espalda al contrincante y mirándole siempre la cara. Cuando de un momento a otro de nuevo ¡pum!, porque en esos momentos vale mucho la mirada. Así peleábamos los tres round y nos sacábamos el ancho. Durante la contienda era común no poder respirar bien debido al protector que se nos colocaban en la boca.

Yo me desvivía por el boxeo porque hubo ocasiones en que el premio consistía en una alcancía con dinero. Y ésta estaba allí esperando ser cogida por el ganador, no sabíamos el monto pues te entregaban la alcancía completa. Cuando ganaba me iba con alguna chica que había conocido, a veces a pasear por el centro de Lima, a comprarme alguna cosa que me faltaba o llevar algo para la casa. El premio se hacía más apetecible porque a veces incluía hasta casi una semana de franco. Así que si lo noqueaba, me darían ¡cinco días de franco! Y lo lograba.

Recuerdo que una vez noqueé a uno, porque de arranque le mande un solo puñete y lo prive, me dieron mis días libres, lo que aproveche para viajar a Chíncha. Por esos años era común ver en las calles a los de la marina en verano vestidos de blanco, que daban la apariencia de ser un palomar, mientras los militares como yo salíamos con nuestro uniforme color kaki, con los galones y mi cristina en la cabeza, además de mis polainas, porque yo era de la caballería y así vestido viajaba a mi tierra. El propósito de practicar el box era sacar a los más diestros como representantes de nuestro cuartel en las competencias inter-cuarteles de boxeo. Luego de una serie de entrenamientos y disputas en el ring, terminé siendo uno de los representantes del San Martín. El box terminó convirtiéndose en nuestro deporte preferido.

Cuando llegó esa oportunidad, mi comandante me compró la capa y los guantes, que eran de color verde con blanco. No puedo negar que me gusto el asunto de ser boxeador. No me importaba si me sacaban la mugre, aunque yo ya tiraba mis golpes desde que estaba en Pisco. Partíamos desde el cuartel con rumbo a la blindada en el distrito del Rímac donde había cuarteles uno al lado de otro, cada uno de ellos con sus representantes. Era emocionante pelear en ese lugar porque el cuadrilátero era grande y bien iluminado.

Alrededor del Ring se sentaban los comandantes, los capitanes, los tenientes, ¡Todos los oficiales! y los soldados de mi cuartel haciéndome barra, todos a un solo grito: ¡Livianito! ¡Livianito! ¡Livianito! Antes de entrar al cuadrilátero, me colocaban una toalla en la cabeza y levantaba los brazos cuando subía al ring.

En uno de esos encuentros, hubo un norteño que si me pegó, que era natural de Cartavio. Y me golpeo duro porque era un tremendo hombrón con unos enormes brazos. Yo también le di duro y estaba ganándole, pero me cansé, ¡pucha me cansé! y del cansancio me saco la mugre. Ese fue el único que me llegó a pegar.

Sin embargo, todas estas actividades deportivas "cambiarían" cuando fui designado como integrante de los Húsares de Junín y enviado al Palacio de Gobierno. Allí llevé una rutina más tranquila, comía bien, el ambiente era agradable. Lamentablemente ya estaba cerca mi baja y no quería retirarme del servicio por continuar en Palacio, pero tenía que obedecer las órdenes como buen militar. Mi porte y contextura gruesa sirvieron para ser elegido como integrante de la escolta presidencial, además de mi actitud militar y el respeto que había ganado entre mis superiores. Sentía que la recompensa a todas carencias y sacrificios previos habían llegado en ese momento.

GUARDIÁN DE PALACIO

Realizar mi servicio militar en Palacio de Gobierno resultó ser menos atareado que en el cuartel, pero más estricto en la limpieza y el orden. Las guardias en el patio principal así como en algunos ambientes al interior de la casa de gobierno, exigían que la pulcritud de nosotros y de nuestro uniforme sea extrema.

Los ambientes donde dormíamos eran bastante cómodos. Los camarotes de los soldados estaban pegados a la pared, cada uno de ellos con su respectivo ropero donde se guardaban los útiles de aseo personales y demás cosas, así como el uniforme, botas y sables. En el comedor, a la hora del desayuno cada uno de nosotros recibía dos tazas de avena y si deseábamos, una más conteniendo un riquísimo emoliente. Los cocineros que estaban allí siempre vestidos de blanco – este lugar estaba en una zona subterránea – nos decían: ¡El que quiera servirse más, pasen a la cocina nomás! ¡Que se vayan parando rápido los que quieren más desayuno! Ante el aviso, me levantaba rápido y me dirigía al interior de la cocina y llenaba mi morral con trozos de carne envuelto, a veces con pan y otras cosas que comía cuando sentía hambre durante el día. Del almuerzo y la cena, solo puedo decir que fue lo mejor que había probado hasta entonces.

No puedo negar que pase buena vida durante mi permanencia en el Palacio de Gobierno. De allí salí blanco, hermoso, con buen porte. Por aquel entonces era presidente Manuel Prado Ugarteche y el ambiente andaba medio movido y nos dieron la orden ante cualquier alboroto, emplear el uso de las armas. Los apristas participaban en unos comicios del cual tuvimos que vigilar y se rumoreaba que podría repetirse una situación similar como la ocurrida el 3 de octubre de 1948, día en que un grupo de marinos se reveló en el Callao, pero que fue rápidamente develada por el resto de fuerzas militares y policiales del cual fui testigo, pues trabajaba a unas cuerdas de la fortaleza Real Felipe.¹⁴ Si bien ese día los sucesos no llegaron a mayores, lo cierto es que luego de las elecciones, las cédulas de votación quedaron regados en los colegios. Otras actividades diarias eran las reuniones y visitas al Palacio de Gobierno realizados por jefes militares, políticos y personalidades extranjeras, eventos que nos exigían ejecutar los saludos y demás posturas militares con marcialidad y firmeza. La posición de descanso o atención portando la lanza eran los movimientos más comunes durante las horas de guardia. Inmóviles y con la

¹⁴ Masterson, Daniel. Fuerza Armada y la sociedad en el Perú moderno: Un estudio sobre las relaciones civiles militares 1930 – 2000. Lima, 2001. Editorial del Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos, p. 163. También véase: Taype, Jaime. 3 de octubre de 1948. Insurrección naval en el Callao. En Documentos de historia militar. Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú. No 4, pp.155-171, Lima, 2013.

mirada siempre al frente en el patio principal, hacían por momentos que los transeúntes que nos observaban al otro lado de la reja creyeran que éramos unos maniquies.

DEL CALLAO A TRUJILLO

Al poco tiempo, un capitán nos comunicó que viajaríamos en un buque de la Armada a la ciudad de Trujillo. El oficial nos narraba esto sin dejar de expresar su preocupación debido a que en esa misma ciudad hace varios años atrás ocurrió una revuelta por cuestiones políticas y que terminó con el asesinato de oficiales del ejército en la cárcel central.¹⁵ Nuestra presencia allí era por ser la escolta presidencial y donde iba el presidente, nosotros debíamos acompañarlo.¹⁶ Creo que fue en 1956, cuando viajamos a Trujillo, cuna del aprismo.

Fuimos trasladados al Callao y nos embarcamos en el buque "Paita"-así creo se llamaba-. ¡Y nos fuimos a Trujillo! Todos íbamos ya vestidos con nuestros uniformes de Húsares, mientras los caballos habían sido embarcados en otra nave. Creo que el viaje duró dos días o un poco más; pero a mitad del recorrido, una espesa neblina obligó a que el buque se detuviese mientras cada cierto tiempo hacía sonar el PUUUH PUUUH desde su torre. Los marineros decían que hacían sonar eso a fin de avisar a posibles barcos cercanos de su presencia y evitar cualquier colisión. Al despejarse el cielo, el buque continuó con el viaje.

Al llegar al puerto de Salaverry sucedió algo curioso. Todos los Húsares debíamos pasar del buque al muelle deslizándonos a través de un grueso cable. Yo me agarré de este y me fui directo hasta el otro lado, claro que primero acomodé el sable con un cinto en mi cuello. Es en ese descenso donde ocurre la caída de uno de los Húsares al mar, pues no faltó entre ellos un joven inquieto. Este se cayó con la ropa de gala puesta, pero felizmente los pescadores que laboraban allí lograron sacarlo minutos después. No obstante por estar empapado, debió quedarse en el buque. Pasado el susto, el resto de jinetes nos acomodamos en el tren y enrumbamos a la ciudad de Trujillo, en cuyo trayecto la población nos saludaba alzando sus sombreros y lampas, mientras nosotros correspondíamos el mismo alzando nuestros quepís, observando las casas de caña y barro donde habitaban. Al llegar a la ciudad, formamos en columnas y nos dirigimos a la catedral que se encontraba en la plaza de armas, a la espera del presidente que visitaría ese lugar. Era la primera vez que conocía Trujillo.

Al llegar a la amplia plaza, era tal la cantidad de gente que no se podía pasar de manera ordenada. Las chicas nos abrazaban y besaban, todas ellas muy guapas y cariñosas mientras nosotros abanzábamos entre la multitud. Los Húsares íbamos desfilando formando cuatro columnas, pero al final llegamos de a uno a la catedral pues había demasiadas personas. Me toco formar a un costado de la puerta de ingreso de la misma. La banda de nosotros y otras contratadas por las autoridades locales, hacían que el lugar sea un ambiente de fiesta.¹⁷

¹⁵ Para mayores detalles de este suceso que marcaría las relaciones entre el APRA y las Fuerzas Armadas, en especial con el Ejército, véase: Giesecke, Margarita. La Insurrección de Trujillo. Jueves 7 de julio de 1932. Fondo Editorial del Congreso del Perú. Lima, 2010.

¹⁶ El APRA apoyo a Manuel Prado en las elecciones presidenciales de 1956, debido a que dicho partido buscaba a cambio la legalización del PAP para las elecciones de 1962 así como la amnistía de todos los presos políticos que participaron en la insurrección de la marina el 3 de octubre de 1948. Lograron su objetivo al asumir Prado el poder. Véase en: Masterson, Daniel. Fuerza Armada y sociedad en el Perú moderno: un estudio sobre las relaciones civiles militares 1930- 2000. Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos. Lima, 2001, p. 227.

¹⁷ Todo hace indicar que la visita del presidente Manuel Prado Ugarteche a la ciudad de Trujillo fue un gesto de agradecimiento de éste al APRA, con cuyo apoyo logró alcanzar por segunda vez la presidencia de la república en 1956, teniéndose en cuenta que en su primer gobierno, 1939-1945, Prado persiguió al APRA. Véase: Thorndike, Guillermo; Villanueva, Armando. La Gran Persecución. Editorial EPENSA S.A. Lima, 2004, p. 494.

Culminada la ceremonia y demás actividades protocolares, ese mismo día retornamos a Lima, pero no puedo negar que fue bonita la estadía en dicha ciudad norteña. Nuevamente volvimos a Salaverry, nos embarcamos en el buque y nos regresamos al Callao, en cuyo trayecto y a fin de no aburrirnos, la banda comenzó a tocar sus mejores notas, mientras soldados y marineros bailábamos y cantábamos en la cubierta del buque hasta llegar a nuestro destino.

HORA DE LICENCIARSE

Estaba por cumplir mis dos años de servicio y a poco menos de un mes de licenciarme, nuevamente retorne a mi cuartel San Martín. Estaba acostumbrado a la rutina militar y prácticamente se me hacía normal levantarme temprano, hacer mis guardias, limpiar mi caballo y cuando había que pasar los obstáculos con el animal, yo mismo era. Sobre esto último, antes de licenciarme debía pasar mi última prueba con el equino. Ese día todo iba bien cuando en el penúltimo obstáculos, en donde el caballo debió haber saltado lo más alto posible, éste no lo hizo. Producto de la velocidad con que iba, el animal parece que choco con el obstáculo y terminó dando un volantín y -yo su jinete- salí volando por los aires. El caballo por suerte no sufrió mayores contusiones, pero yo sí debido a que el animal cayó sobre mi pierna derecha, provocándome una fractura. De inmediato, un comandante de apellido Malaga Herrera ordenó trasladarme al Hospital Militar.

Con la operación, reposo y rehabilitación, mi permanencia en el hospital había durado aproximadamente tres meses –sobrepasando mis dos años de servicio- No me dieron de baja del Ejército hasta estar completamente curado, y así sucedió. Al licenciarme, mis oficiales y compañeros de cuadra me desearon todos los éxitos en la vida civil. Me despedí de mi bandera jurando volver a tomar las armas cuando ella se viera amenazada, y al salir de mi cuartel, lo hice con una sensación de nostalgia, pues allí aprendí el orden, el respeto, el amor a mi patria, el leer y escribir y enfrentar a la vida civil hecho todo un hombre de bien. Alejarme del cuartel era como dejar una familia, con quien compartí las exigencias, privaciones y recompensas propias de la vida militar.

Curiosamente, mientras yo buscaba trabajo, podía acercarme a cualquier cuartel y presentando mi tarjeta de licenciado, podía ingresar y desayunar o almorzar sin hacer pago alguno como si estuviera en el servicio activo. Esta ayuda lo recibí por dos o tres meses aproximadamente, hasta que deje de ir porque conseguí trabajo en unos almacenes del Callao.

Por cosas del destino terminé convirtiéndome en pescador artesanal por casi treinta años. Cada vez que en alta mar me cruzaba con un buque de la Marina donde la medio día se rendía honores a nuestro Pabellón Nacional, yo dejaba por un momento mis labores y junto con el resto de la tripulación de la chalana o barco donde nos encontrábamos, nos poníamos de pie y con la mano a la altura del corazón, entonábamos el himno nacional, acompañando a los marinos en el canto. Parece extraño, pero creo quienes tuvimos el honor de vestir el uniforme, sentimos y comprendemos el verdadero significado de amor a nuestro Perú, que se refuerza y consolida durante la permanencia en los cuarteles.

Hoy, con más de ochenta años de vida, todo lo que he narrado brevemente en los párrafos anteriores, los rememoro cuando mis hijos, nietos y sobrinos me preguntan sobre mi paso

por el cuartel San Martín. Cuando salgo a pasear con mi señora esposa por el centro de Lima y cruzo frente a Palacio de Gobierno y veo a los Húsares de Junín haciendo guardia al ingreso de este, vuelven a mi mente los recuerdos de juventud y digo: Así como ellos, yo también fui un Húsares de Junín y estuve allí vistiendo su uniforme. Es un honor para mí el haber sido soldado del Ejército de mi Perú.



Hortensio Lévano en la portada del Cuartel San Martín.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ARBULÚ GALLIANI, Guillermo. El Ejército y la Ingeniería Militar en el siglo XX. Imprenta del Ejército, Lima, 1988, 2 Volúmenes.
- CUADROS, Jorge. Flor de santidad en el Perú profundo: Sierva de Dios Melchora Saravia Tasayco. Ediciones El Milagro. Lima, 2008.
- GIESECKE, Margarita. La Insurrección de Trujillo. Jueves 7 de julio de 1932. Fondo Editorial del Congreso del Perú. Lima, 2010.
- MASTERSON, Daniel. Fuerza Armada y sociedad en el Perú moderno: un estudio sobre las relaciones civiles militares 1930- 2000. Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos. Lima, 2001.
- MEDINA MONTTOYA, Lourdes y Roberto MENDOZA POLICARPIO. Ejército del Perú: Evolución Histórica de los uniformes del Ejército del Perú. Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, Lima, 2005.
- MINISTERIO DE GUERRA. Historia de la Escuela Militar del Perú. Imprenta del Ministerio de Guerra. Lima, 1982, Tomo II,.
- TAYPE, Jaime. 3 de octubre de 1948. Insurrección naval en el Callao. En: Documenta de Historia Militar. Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú, Lima, 2013, No 4.
- THORNDIKE, Guillermo. 1930-Perú-1980 : La república militar. Editorial Universo. Lima. 1979.
- THORNDIKE, Guillermo, Villanueva, Armando. La Gran Persecución. Editorial EPENSA S.A. Lima, 2004.

HEMEROGRAFIA

- General Luis Miguel Sánchez Cerro. En: Revista Militar del Perú. Lima, Año XXX, No 4 y 5, pp. II, II, III.
- ¿Por qué le decían mocho? En Caretas, 29 de abril al 13 de mayo de 1957, p. 15.

ENTREVISTA

- Entrevista al Sr. Hortensio Lévano R. Callao, 31-8-2008.

WEBGRAFÍA

- <http://elcomercio.pe/blog/huellasdigitales/2013/05/mauro-mina-recuerdos-un-duro-d>, revisado el 17 de julio 2014.
- <http://pormichinchaquerida.blogspot.com/>, revisado el 17 de julio 2014.

Jaime Miguel Taype Castillo, licenciado en Historia (UNFV), con Maestría en Desarrollo y Defensa Nacional en el Centro de Altos Estudios Nacionales (CAEN). Su investigación "Insurrección de la Marina el 3 de octubre de 1948" obtuvo el primer puesto en el concurso nacional de tesis en Historia 2013, organizado por la Asamblea Nacional de Rectores (ANR) y CONCYTEC. Ha publicado artículos de historia militar del siglo XX para la Marina de Guerra y el Ejército del Perú. Actualmente es Oficial del Ejército con el grado de teniente.